

**Nieves**  
**Muriel García**  
(Universidad  
de Barcelona)

**“Sin vernos a nosotras que leíamos”.**  
**Notas acerca del deseo de sociedad femenina**

Hay en la poesía española del siglo XX, me refiero en este caso a la escrita por mujeres, una necesidad de relato y autorretrato; una necesidad de biografía; una revuelta de sentido y una promesa por venir: la del sentido y la inspiración de las relaciones creativas entre mujeres.

En una serie titulada “Cantos de Safo” celebra la poeta Carolina Coronado (1820-1911) a la poeta de Lesbos y no es la única autora del siglo XIX que lo hace, habiendo también otros textos precedentes en autores.<sup>2</sup> Recuperando la memoria de Safo, Carolina Coronado pone en juego su deseo de libertad y genealogía femenina a la búsqueda de referentes en la conquista de la autoría literaria. Lo hace, precisamente, en un momento ingrato y hostil a la autoría de las mujeres, momento que responde a un brote rabioso de política sexual contra las autoras y artistas que se movieron con una libertad otra a lo largo de ese siglo; de “mujeres nuevas”, como señala Alejandra Kollontai, y que tendrán que emplear por ello, más que en ningún otro siglo, la práctica del seudónimo para ver publicadas sus obras.

Pienso que el brote de misoginia tiene que ver con la profunda transformación que las mujeres y el movimiento internacional feminista estaban llevando a cabo más allá de las falsas propuestas universales y progresistas de la política masculina. De ahí que la investigación feminista empiece a señalar que el siglo XIX fue también un siglo de mucha libertad femenina en la vida tanto en la escritura como en el arte.<sup>3</sup> La interpretación común que pone la mirada sobre la misoginia de ese siglo termina cubriendo en demasiadas ocasiones la relación de las mujeres con su creatividad y, también, las relaciones de libertad femenina que muchas mujeres y creadoras establecieron entre ellas. De manera que, como ha señalado Laura Mercader, el relato que hace memoria y genealogía útiles para una

mujer queda siempre borrado,<sup>4</sup> porque en el siglo XIX - que es el siglo de las sufragistas- hubo mucho miedo a que llegara el final del patriarcado. Lo enseñan las notas de prensa y los encarcelamientos de mujeres; lo enseñan poemas y textos que cuestionan las leyes escritas de los hombres poniendo el dedo en la llaga y la lengua en el corazón. Como en este poema de Carolina Coronado que la poeta titula con sobrada ironía “Libertad”:

“Risueños están los moxos,  
gozosos están los viejos  
porque dicen, compañeras,  
que hay libertad para el pueblo.  
(...)

Gran novedad en las leyes,  
que, os juro que no comprendo,  
ocurre cuando a los hombres  
en tal regocijo vemos.

Muchos bienes se preparan,  
dicen los doctos al reino,  
si en ellos los hombres ganan  
yo por los hombres me alegro:  
mas, por nosotras las hembras,  
ni lo aplaudo, ni lo siento,  
pues aunque leyes se muden  
para nosotras no hay fueros.  
(...)

Pero, os digo, compañeras  
que la ley es sola de ellos,  
que las hembras no se cuentan  
ni hay Nación para este sexo.  
Por eso aunque los escucho  
ni me aplaudo ni los siento;  
si pierden ¡Dios se lo pague!  
y si ganan ¡buen provecho!”

Carolina Coronado conoció de cerca la política sexual de las reformas liberales de sus coetáneos y se ríe en este

y en otros poemas de lo pretendidamente universal de esas leyes poniendo en evidencia la falsa libertad de un progreso que deja de lado a más de la mitad de la ciudadanía. Lo hace una poeta que encontró medidas propias de libertad en el cultivo de las relaciones entre mujeres. Durante toda su vida, Carolina Coronado hizo sociedad femenina y encontró entre mujeres la libertad de vivir y de decir un mundo que las leyes no le permitían. Ella y otras poetas cultivaron lo que he llamado -siguiendo a la poeta Concha Zardoya (1914-2004)- el “don de la simiente”. Mariví Prieto Grandal ha llamado a este deseo de sociedad femenina: “hermandad lírica”,<sup>5</sup> para referirse a la hermandad que muchas poetas y artistas del XIX establecieron entre ellas leyéndose las unas a las otras, escribiéndose las unas a las otras, inspirando su deseo de acción y obra más allá del momento que les toca vivir. Es conocida, la hermandad lírica entre Carolina Coronado y Encarnación Calero de los Ríos,<sup>6</sup> hermandad, como un lazo que guía y no ahoga, que se repite entre mujeres a lo largo de la historia. Esta práctica femenina ha creado significados que interesan a lo largo de la historia mostrando la importancia de estas relaciones sociales. Se trata de relaciones que hacen simbólico, es decir, que desbaratan las relaciones del sistema social porque se mueven más allá de los valores que dicho sistema promueve o ha promovido en cada momento.

La historiografía feminista hoy permite señalar que en todas las épocas ha habido mujeres que han escrito sobre estas relaciones inspiradas también por ellas acertando a consumir con su escritura una revolución simbólica que pienso se rebela en una revuelta significativa cuando hablamos de poesía. Se trata de la revuelta del sentido con el que las mujeres han transportado a las palabras, cuerpos y relaciones, transformando la experiencia de la escritura. Lo hace la poeta y sacerdotisa sumeria Enheduanna, que firma la autoría del primer poema escrito de la historia humana del que tenemos noticia,

350 años después de la fecha inicial de la escritura, a principios del tercer milenio antes de Cristo, cantando a una divinidad femenina: la diosa Innana. Se trata de más de 60 himnos firmados por una mujer que emitió su voz solemne en un momento receloso y hostil al protagonismo que las mujeres tuvieron sobre esa invención simbólica de la que son fundadoras y que son las religiones.<sup>7</sup> Como ha señalado Clara Janés,<sup>8</sup> su estilo es excelso y directo, como el que recorre los cantos anónimos femeninos del antiguo Egipto y la poesía hindú que compone el Kurumtokai (s. IV y III a. C). Directo y excelso, como la poesía anónima del Shijing (siglos IX-IV a. C.), las jarchas medievales y los *izram*<sup>9</sup> que aún cantan las mujeres bereberes en el Rif. Casi toda esta poesía, llamada anónima o tradicional y que es de origen femenino, tiene como destinatarias a otras mujeres, que sirven de medida a quien habla y dice “yo” mostrándonos otros sentidos de la experiencia femenina del mundo que nos desplazan los lugares comunes.

Se trata de una mirada otra que abre espacios de libertad y de estudio inauditos y necesarios sobre las cartografías comunes, porque si bien la subjetividad de un poema del siglo XX no es la de un poema del siglo XII o del siglo IV a. C -si escribir “yo” conforma todo un entramado ideológico, teórico, también, que nos saca de las interpretaciones clásicas de la poesía y la literatura permitiéndonos rastrear los mapas de una radical historicidad de los textos-, el “yo”, y el supuesto sujeto que conforma ese “yo” que dice y escribe, cuando pone en juego la experiencia femenina está abriendo un espacio, un No lugar, que aunque radicalmente histórico siempre, es también radicalmente corporal en tanto que sexuado y libre, cuando pone en juego esa experiencia otra que desmarca los mapas de lo pensado y lo pensable por ciertos logos y cierta epistemología. Desde ahí, cuando se trata de la escritura femenina no podemos renunciar al “yo”, ni ahora ni en el siglo XII ni en el 3.500 a.C. Pienso que ese “yo”, entre otras cuestiones cruciales que atraviesan la

poesía, ha puesto en juego la importancia de las relaciones entre mujeres, de unas relaciones que no gustan al patriarcado por la libertad y seguridad que estas hacen brotar por dentro a las propias mujeres. Lo enseña ya en la segunda mitad del siglo XX, la práctica política de las mujeres y el feminismo lesbiano. Muchas poetas, no por casualidad han simbolizado estas relaciones de amor entre mujeres además de establecer vínculos con las mujeres anónimas del pasado.

Pienso que desde las beguinas a la sociedad femenina de los espacios conventuales femeninos y la importancia de la escritura dirigida a las otras -como es el caso de Teresa de Jesús-, como a las alianzas de las Preciosas del XVII y el XVIII, a las de las poetas y creadoras del XIX, o los lazos de gratitud infinitos de las mujeres del 27, el buscar, reconocer traer a las mujeres anónimas o a los grupos femeninos perseguidos forma parte de una misma madeja. Se trata de ejemplos discontinuos, pero la discontinuidad no es un estorbo pues se trata de esa discontinuidad latente que da a la escritura femenina carácter histórico,<sup>10</sup> escritura que entre otras cuestiones muestra cómo las relaciones entre mujeres son vitales, dadoras y creadoras de sentido.

Ya casi al final de su vida Concha Zardoya publica *El don de la simiente* (1993) libro en el que recoge poemas dedicados y escritos, nunca mejor dicho, al hilo de las palabras y libros de otras poetas. Lo hace trayendo en su experiencia de escritura un movimiento que interesa: el de la libertad y el deseo de sociedad femenina mostrando el sentido que las relaciones entre mujeres pueden dar a la vida de una mujer cuando las practica.

*El don de la simiente* trae el origen y la fuente de las influencias femeninas de su autora y enseña la importancia de la práctica de la genealogía<sup>11</sup> junto con el reconocimiento de esa hermandad lírica. Igual que Carmen Conde buscó en la genealogía cultural las

huellas y el destino del linaje femenino de Eva -desde Agar a María hasta llegar a nosotras, en ese poema joya que es “La Mujer no comprende”<sup>12</sup> Concha Zardoya trae su propio canon personal al canon y lo hace desde un acercamiento que concilia de manera magistral la profundidad de la crítica excelsa y la poeta que fue.

Los poemas de este libro están fechados entre 1966, el dedicado a Rosalía de Castro, hasta el año 1993 y reúne poemas escritos a lo largo de la década de los ochenta. Poetas universales como Rosalía de Castro (1837-1885), Delmira Agustini (1886-1914), Gabriela Mistral (1889-1957), Alfonsina Storni (1892-1938) y Juana de Ibarbouru (1892-1979) llegan juntas en la primera parte del poemario como referentes y lecturas indispensables para la poeta.

Rosa Chacel (1898-1994), Ernestina de Champourcin (1905-1999), Carmen Conde (1907-1996), Concha Lagos (1907-2007), Cristina Lacasa (1929-2011), Acacia Uceta (1925-2003), Julia Uceda (1925), Elena Andrés (1929-2011), Luzmaría Jiménez Faro (1937-2015), Ana María Fagundo (1938-2010), Amparo Amorós (1950), Isabel Paraíso (?), Fanny Rubio (1949) y Acacia Domínguez (? ) llegan en una segunda parte, que se cierra con un breve colofón con guiño:

“No están todas las que son  
pero son todas las que están”<sup>13</sup>

Cada poema de *El don de la simiente* rescata la experiencia de escritura de otras poetas. A veces los poemas se presentan a medio camino: entre un ejercicio de crítica literaria, con el que la poeta nos reseña las claves fundamentales de algunos de estos libros o de la escritura de la poeta escogida. Así, por ejemplo, escribe en el poema dedicado a Delmira Agustini -la poeta joven que muere asesinada por un hombre, su marido- y que puso patas arriba la experiencia erótica, trayendo en su poesía una mirada radicalmente original frente a sus coetáneos:

“Adelantada fuiste de libertades máximas  
sólo ahora fecundas:  
sensuales y violentos, sobrenadan tus versos  
en el hoy que vivimos sin extrañado asombro.  
(...)  
Eros vivo con Tanatos tu palabra novísima,  
impudor trascendente, natural y legitimo.”<sup>14</sup>

O cuando escribe sobre el soneto, “En austral territorio”  
de Gabriela Mistral: “Tus sonetos leí al ser yo niña (...)  
En ellos aprendí voz elegíaca/ y me ha seguido siempre  
con sus ecos/ por todos los caminos y ciudades”. En los  
tercetos, Zardoya nos recuerda la importancia de leer a las  
otras, de aprender a leer leyendo a otras mujeres:

“Dibujé tu retrato que reinaba  
en aquel muro blanco y transcendían  
-sin nunca sonreír- tus ojos verdes.

Al lejano suicida de tus sueños  
-en austral territorio- tú mirabas,  
sin vernos a nosotras que leíamos.”<sup>15</sup>

“Sin vernos a nosotras que leíamos”, verso que encierra  
a mi modo de ver ese deseo de sociedad femenina,  
porque encontrarse, reconocerse forma parte de un  
deseo de relación con las otras que ha sido negado por  
el patriarcado y que no ha dejado de inspirar a muchas  
mujeres. Pienso que cada poema de este libro sea una  
pequeña joya, nada en él sobra, todo lanza sentido y abre  
posibilidades de escritura y lectura. Lo hace también  
reseñando el libro “En un plural designio” (1983) de  
Cristina Lacasa, un poemario casi inexistente para la  
crítica literaria, mas cargado de verdad y política. De él  
escribe Concha Zardoya:

“En un plural designio” tú defiendes  
a los que no tienen  
el don de la palabra.

Con la tuya denuncias los malignos  
estigmas que los hieren, la pobreza,  
los daños que ellos sufren.

(...)

No te olvidas de nada ... También pides  
el derecho a la escuela  
a los libros y herencia de belleza

(...)

Y ruegas que las niñas  
sean plenas mujeres  
que glorifiquen altas,  
los dones que son tuyos.  
La pareja le debe  
no “oscuros prehistorias”“:  
luminosos futuros,  
los jardines abiertos al mañana  
jamás terribles guerras.  
(...)”.<sup>16</sup>

Se trata de un poema largo que va recogiendo, casi al hilo,  
cada poema del libro de Cristina Lacasa planteándonos  
un mapa de lecturas y claves comprensivas sobre esta  
poeta. El poema termina: “Y las gracias te damos por tu  
elocuente voz.” O sobre el libro *Retracciones y reverso* de  
Fanny Rubio, poeta más joven que Zardoya. Todo el poema  
recrea con belleza una experiencia de lectura y escritura  
impregnada de la experiencia personal y femenina de otra  
poeta a la que la poeta ya octogenaria escucha con delicada  
atención:

“Retracciones” invaden transparencias  
y sombras, las palabras  
(...)  
Tu voz fresca y metálica  
(...)

“Retracciones” que arrojan su mensaje  
(...)

Doble libro en mis manos y en mis ojos ...  
ahora cuentas la historia de “tu” tiempo,  
cronista fidedigna del transcurso.

(...)

Yo -¡tan vieja!- me siento  
tu más joven discípula  
al leer tus poemas  
de muerte y de “Corpus”, más vibrantes  
que el abedul y el álamo.”<sup>17</sup>

Pienso que la poesía del siglo XX trae un *textum* de relaciones femeninas que también hacen la historia. Se trata de vivencias, memorias, emociones y relaciones entre mujeres que amplían la experiencia del mundo y nos permiten pensar el presente y la calidad de nuestras propias relaciones a las mujeres de ahora. Buscar e inspirarse en las otras. Ese es el juego, uno de los juegos que la poesía enseña.

Para cerrar traigo un collar de poemas en los que las protagonistas son las mujeres anónimas. A través de ellas, las poetas han recreado experiencias de vida poco o nunca nombradas. Se trata a veces de historias tejidas entre el sueño y la realidad, ese espacio intermedio que se nutre a su vez de la historia literaria, como sucede en este precioso poema de Isabel Rodríguez dedicado a la madre del Lazarillo de Tormes y titulado “Antonia Pérez”. El poema, además de dar existencia a este personaje, bien puede contar la historia de vida de muchas mujeres trabajadoras trayendo consigo el juego abierto en la historia del trabajo y la experiencia femenina en esa historia, experiencia poco nombrada y que es mucha y muy grande porque se ha tejido y se teje siempre junto a la vida accidentada del alma: trabajo, cansancio, abandono del hijo, angustia, tristeza y pobreza. El poema es largo aunque en él, nada sobra:

“Llevan sangre las aguas/ caudalosas del Tormes/ de la piel de tus manos sanadoras de telas,/ de sayas y basquinas,/ de jubones y calzas./ Eres mujer y sola,/ y te rompes la espalda/ sobre las piedras planas de la orilla del río,/ mientras Lázaro agota/ su tiempo de inconsciencia,/ los últimos vestigios/ de su niñez de pobre.”

Y sigue. El retrato de Antonia que se agosta trabajando y cayendo en la prostitución mientras el hijo crece:

“La luz de la cocina  
te incendia el rostro ajado  
de mujer agostada,  
y los pasos viriles señorean tu cuerpo  
por la mísera paga de un puñado de trigo.  
Lázaro va espigando  
entre cansancio y hambre,  
y te duelen sus huesos  
pronunciados de hambriento.

Vuelve a faltarte el hombre.  
La cárcel y la infamia,  
ese oscuro destino de los desheredados,  
te estampan nuevamente la marca de su hierro.

Y te faltan las fuerzas.  
Te falta hasta el aliento  
para encender el fuego y golpear la ropa.

(“El ciego es un buen hombre.  
No pasará más hambre.”)

El poema termina trayendo la desolación de la madre ante el abandono del hijo, experiencia femenina poco nombrada:

“Y te cegaba el llanto los ojos desolados,/ y te desdibujaba/  
los sillares del puente,/ la mano que se agita/ temblorosa  
en el aire,/ en un adiós sin vuelta, definitivo y último,/

mientras Lázaro parte/ con las luces del alba/ a encarar su destino/ de pícaro inocente.”<sup>18</sup>

Las poetas han puesto en movimiento una acción no programada, pero vital y trascendente: traer al mundo que había negado la experiencia femenina y a las propias mujeres, el sentido libre de su propia experiencia y de sus relaciones. Experiencia femenina libre, si se mueve más allá de los contenidos de género y del falso juego de las identidades, cuando se trata de ese imprevisto para el patriarcado que desborda no sólo el canon literario sino los límites de lo pensado sobre las mujeres.

Fecha de recepción del artículo: noviembre 2017. Fecha de aceptación: enero 2018.

Palabras clave: Mujeres - Poesía - Genealogía femenina - Libertad femenina - Trascendencia - Deseo.

Keywords: Women - Poetry - Female Genealogy - Feminine Freedom - Transcendency - Desire.

#### Notas:

<sup>1</sup> Concha Zardoya, *El don de la simiente*, Madrid: Torremozas, 1993.

<sup>2</sup> Otros autores que he leído y que también han cantado a Safo son: Platón, Catulo, Petrarca, Ronsard, Leopardi, Hölderling, Byron o Rainer María Rilke.

<sup>3</sup> Sobre la libertad femenina en el siglo XIX: Laura Mercader Amigó, “Vivir y crear en comunidad: la Medusa bella y libre de Harriet Hosmer”, *Per amore del mondo*, 14 (2016).

<sup>4</sup> María-Milagros Rivera Garretas, “Escribir como mujer: entre Emily Dickinson y Virginia Woolf”, *DUODA. Estudios feministas*, 54 (2018) en este número.

<sup>5</sup> Véase sobre «la hermandad lírica» María Victoria Prieto Grandal, *La voz escrita de las poetas. Antología: de las jarchas al Romanticismo*, Granada, Dauro, 2006; sobre Carolina Coronado y otras autoras, véase: Susan Kirkpatrick, *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid: Cátedra, Feminismo, 1991,

<sup>6</sup> Escritora nacida probablemente en Sevilla en la primera mitad del siglo XIX. Apenas se conocen datos acerca de su obra aunque debió de ser bien conocida y considerada entre sus contemporáneos, ya que su nombre aparece con frecuencia en revistas y periódicos de la época.

- <sup>7</sup> Para James Mellart, la religión podría haber sido invención de las mujeres que en el Neolítico elaboraron una mitología donde se realiza la capacidad de dar a luz y alimento, véase: James Mellart, *The Neolithic of the Near East*, New York, Charles Scribner's Sons, 1975. También Riane Eisler, siguiendo los estudios de Marija Gimbutas defiende la misma hipótesis en Riane Eisler, *El cáliz y la espada: la mujer como fuerza en la historia* (1997), México: Pax México, 2005.
- <sup>8</sup> Clara Janés, *Guardar la casa, cerrar la boca*, Madrid: Siruela, 2015.
- <sup>9</sup> Ekram Hamú Haddú, *Los izran: expresión poética y símbolo de la mujer rifeña*, Granada: Granada Lingüística, 2002.
- <sup>10</sup> Sigo en esta apreciación a María Zambrano: «sin discontinuidad la historia no existiría» en María Zambrano, *Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Madrid: horas y horas, 2011, p. 96.
- <sup>11</sup> Muchas poetisas continúan con la práctica de la genealogía que las poetisas del siglo XIX relanzan. Véase, por ejemplo, el extenso poema que Vicenta García Miranda dedica a Carolina Coronado cuyo ejemplo, ayuda e inspiración esta poeta agradece. Otros ejemplos cómo: Alejandra Pizarnik a Emily Dickinson, Poema para Emily Dickinson en Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, Ed. Ana Becció, Madrid: Lumen, 2002, p. 64.
- <sup>12</sup> Carmen Conde, *Obra poética. Poemas en prosa. Poesía (1929-1966)*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1979, pp. 406-407.
- <sup>13</sup> Concha Zardoya, *El don de la simiente*, Madrid: Torremozas, 1993, p. 64.
- <sup>14</sup> Concha Zardoya, *El don de la simiente*, *Op.cit.*, p. 14.
- <sup>15</sup> *Ibidem*, p. 16.
- <sup>16</sup> Concha Zardoya, *El don de la simiente*, *Op. cit.*, pp. 35-38.
- <sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 58-61.
- <sup>18</sup> Isabel Rodríguez Baquero, “Tiempo de Lilas” (inédito), en María Rosal, María Rosal, *Con voz propia. Estudio y antología comentada de la poesía escrita por mujeres (1970-2005)*, Sevilla: Renacimiento, 2006, pp. 197-198.